

Molí vell de la Pineda,
molinet dels meus amors,
per reveuret com un dia,
qué no donaría jo!

Entravam al temps de l'era,
y tot just sortía 'l sol,
barranch avall per las ombras
feyam cap sota del hort.

Si jugavam y si reyam,
si 'n cantavam de cansóns!
¡qué d' estonas á la cenia!
¡qué d' estonas dins del bosch!

La Tereseta y la Julia,
saltant lo marge del hort,
corrian á trencar l' aygua
quant encara era alt lo sol.

La roda en sech se parava,
reganyava dalt l' Anton,
y á plé enfilall las anguilas
treyan per omplí 'l sarró.

De cap vespre joguejantne
saltavam al barranch tots...
Nit feta entravam á Olesa
pel caminet de la font.

F. BARTRINA.

EL PROGRESO EN EL SIGLO XIX.

TRADUCCIÓN DE EDMUNDO ABOUT

II

(Conclusión)

UN rasgo característico del tiempo en que vivimos, es la rapidez casi fulminante con que cada progreso se desenvuelve, se completa, se esparce hasta el fin del mundo, y alcanza sus últimos frutos. Me explicaré.

Trascurrió probablemente un siglo ó más entre la invención del cuadrante solar y la del reloj de arena y de la elépsidra. Entre ésta y la ingeniosa máquina, que, según se dice, fué enviada á Carlo-magno por el califa Haroun-al-Raschid, pueden contarse más de mil años. El reló de pesas, mueble macizo y de transporte difícil, tardó setecientos años en hacerse portátil. El reló de los antiguos tiempos, el huevo de Nuremberg, no se simplifica ni se aplasta más que tres siglos después de su nacimiento. ¡Qué incubación! Hacía más de dos mil años que la brújula estaba inven-

tada cuando Cristóbal Colón tuvo la idea de utilizarla para ir en busca de las grandes Indias. La pólvora de cañón, descubierta en la China no se sabe cuándo, llegó á Europa durante el siglo IV, y hasta ocho ó novecientos años después no se fabricó el primer cañón. Del cañón al arcabuz, de éste al mosquete, y del mosquete á las armas modernas la industria caminó tan lentamente que trascurrieron más de tres siglos entre los arcabuzazos que mataron á Bayardo y la invención de revólver Colt. Hace más de tres mil años que se fabrica el vidrio, y los instrumentos de óptica se han perfeccionado con tanta lentitud como las armas de fuego.

Los descubrimientos de nuestro siglo marchan más velozmente.

Y es que antes el inventor era un hombre aparte, cuya misma superioridad lo aislaba de sus más próximos vecinos. Entre él y su tiempo la ignorancia, las preocupaciones, los errores oficiales y casi religiosos, levantaban infinitas barreras. No bastaba descubrir una verdad; era preciso además hacerla comprender á los numerosos hombres que no tenían de ella ninguna idea; era necesario imponerla á corporaciones antiguas y poderosas que fundaban su autoridad en el error; era indispensable, finalmente, hacerla llegar á los puntos más remotos de la tierra, cuando la menor montaña y la más insignificante corriente de agua separaban los pueblos, y la mitad del género humano ignoraba la existencia de la otra mitad.

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Hoy todos los pueblos se conocen y se comunican mutuamente. Una idea dá en un mes la vuelta al mundo. El inventor no predica en el desierto; así que pronuncia su palabra, es comprendido por doscientos mil hombres que se hallan al nivel de la ciencia actual, que conocen los datos de todos los problemas y que se apoderan al vuelo de las soluciones. Tan universal es el ardor del progreso, que hasta sucede algunas veces que dos sabios, separados por los mares, coinciden en un mismo pensamiento sin haberse dado la consigna. Esa maravilla quirúrgica, que se llama la ovariectomía, fué descubierta casi á la misma hora en Inglaterra y en Estrasburgo. Los nuevos planetas tienen á menudo dos ó tres inventores (1). Cada progreso realizado viene á ser el punto de partida de nuevos estudios: todos los ardientes, todos los ambiciosos de la ciencia y de la industria acogen el hecho, lo comprueban, toman aliento, y siguen adelante con nuevo ardor. Cada carrera es una

(1) Por un método que le honra mucho, M. Leverrier descubre un nuevo planeta: al mismo tiempo que un inglés demuestra haberse ocupado con éxito del mismo asunto: y mientras que uno y otro inventor exponen sus razones, sobreviene un astrónomo americano y exhibe también sus títulos de verdadero inventor del planeta.

MIGUEL CHEVALIER: *Cartas sobre la Exposición de Londres.*

pista animada y tumultuosa en la que no podría detenerse el mas veloz sin ser alcanzado y derribado por los otros. Inventad la máquina mas ingeniosa y mas útil, la máquina de coser, por ejemplo; y si no le dais de una vez toda la perfección de que es susceptible, sereis aventajado al dia siguiente por algún nuevo perfeccionamiento. Descubrid la anestesia por medio del éter, y el nombre que llevais será inscrito en el libro de los bienhechores de la humanidad; pero si vuestro éter no goza de perfecta inocuidad, si comunica alguna vez á los enfermos el sueño definitivo, vendrá en seguida el cloroformo á sustituirlo y se borrará vuestro nombre para dar lugar á otro que brille en la memoria de los pueblos.

Esta coloboración de todos en la obra del siglo, esta concurrencia en el bien, esta rivalidad incansable acabará por causar un efecto moral bastante imprevisto; la supresión de la gloria. El libro de que antes hemos hablado contendrá mas nombres que la columna de Julio; y pocos se entretienen leyendo esa columna. Mucho menos la leerían si estuviera plagada de notas, llamadas, enmiendas y raspaduras. La tabla de Pitágoras pertenece á su autor definitivamente, y nadie se propondrá nunca atribuir el mérito de ella á Le Verrier ó á cualquier otro sabio; pero no hay ningún descubrimiento importante de nuestro siglo que no sea disputado ó cuando menos compartido entre multitud de inventores. ¿A quién debemos las maravillas de la fotografía? ¿A los Niepce de Saint Víctor? ¿A Talbot? ¿A Lerebours? ¿A Gaudín? ¿A Fizeau? ¿A Chevelier? ¿A Foucault? Y suponiendo que todos ellos son copartícipes, ¿no se ha de conceder nada al célebre físico Bautista Porta, inventor de la cámara? ¿No será justo además inscribir junto á ellos á una veintena de químicos, sin cuyos trabajos los físicos no se habrían apoderado jamás de la imagen fugitiva? Hay un calendario completo de hombres útiles. Y aun se podría formar otro más considerable con los que han descubierto y perfeccionado los diversos usos del vapor. ¿Y la electricidad! No exageramos afirmando la existencia de mas de 500 inventores, todos dignos de gloria, y que por la misma razón de ascender á 500 serán olvidados, mientras que el feroz Erostrato, incendiario único del templo de Diana, es inmortal.

Al lado de todos los obreros que trabajan juntos en la gran cantera del progreso, la posteridad tendrá que añadir con muestras de agradecimiento á dos clases enteras, sin las cuales el siglo XIX no habría hecho nada ó habría hecho muy poco por lo menos. Refiérome á los agiotistas y á los escritores.

El agiotaje es vituperado por los moralistas; los sostenedores de los antiguos dogmas lo anate-

matizan; los poetas rutinarios lo flagelan á fuerza de alejandrinos. Los gobiernos no se han decidido aún á juzgarlo peligroso ó meritorio; ora lo impulsan, ora lo detienen; lo animan y lo desalientan intermitentemente; hoy le edifican templos, y al dia siguiente lo arrojan á la calle. Pero la posteridad examinará más claramente nuestros propios asuntos, y hará justicia á la sublime invención del escocés Law.

El agiotaje es el arte de juntar los pequeños capitales para realizar grandes cosas. El es quien ha creado los caminos reales en 1720 y todas las vias férreas de Europa desde 1850. El ha fundado todas las maravillas dignas de figurar en una epopeya industrial. El suministra á los inventores el nervio del trabajo. El agiotaje tiene sus defectos y sus peligros, sus caprichos y sus injusticias. Ha causado víctimas, ¿pero acaso el vapor no las ocasiona también? Tal vez nos conduzca algún dia á una crisis desagradable en que la Europa entera se vea dificultada por una plétora de papel moneda. Pero la circulación de este papel, con que nos inunda el agiotaje, habrá creado riquezas perdurables. Los istmos estarán rotos, las montañas horadadas, los rios canalizados, las ciudades saneadas, las lagunas enjutas y los terrenos áridos cubiertos de vegetación frondosa. La tierra será entonces una morada mas habitable y la cantidad de bienes, que es el patrimonio común de todos los hombres, se habrá multiplicado. Nuestros descendientes bendecirán entonces á esos forjadores de dinero.

Y nosotros, pobres emborronadores de papel, también mereceremos del porvenir gratos recuerdos. Y no será esto solamente porque un libelista llamado Pascal haya inventado el carretón de mano, y otros dos ó tres hayan tratado de resolver el problema de la navegación aérea, ni siquiera porque tal ó cual individuo perteneciente á nuestra profesión haya descubierto alguna verdad de interés universal como la soberanía del pueblo ó el principio de las nacionalidades. Aunque no seamos otra cosa que vulgarizadores de ideas conocidas, nuestro cometido tiene gran importancia. Las ideas, como los capitales, se acrecientan con el movimiento. De esto se deduce, que un publicista hábil realiza exactamente funciones equivalentes á las de Rothschild; gana un poco menos, esta es la diferencia.

No hace mucho que en el camino de Falsbourg encontré á un buhonero de cuarenta á cincuenta años. Estaba sentado en un montón de piedras de la carretera. Sentéme á su lado, y después de las palabras comunmente usadas entre viajeros, le pregunté si estaba contento con su suerte.

El vendedor de baratijas movió melancólicamente la cabeza y me dijo:

—Yo comercio con anteojos, y soy, como veis, vendedor ambulante. Mi negocio podría marchar muy bien, pues los hombres de hoy, por pobres é ignorantes que sean, aspiran á ver las cosas con claridad. Pero el mal estriba en que no se puede atravesar una aldea sin que los chiquillos le hagan á uno blanco de sus travesuras y sin que los gendarmes le pidan la patente. De los chiquillos se libra uno fácilmente; pero los gendarmes.... son el diablo. Nos acusan como si fuéramos malhechores, y el temor de que me tomen por lo que no soy me ha dado mil veces la tentación de abandonar este género de vida. Continuo, sin embargo, porque es preciso vivir; además, todas las noches al acostarme reflexiono que muchos hombres permanecerían casi ciegos si yo no les llevase á sus aldeas los medios de ver más claramente.

—Venga esa mano,—le dije.—Casi todos mis amigos ejercen vuestro mismo oficio. Extienden por Francia y por el extranjero cristales de todas clases para uso de los ojos del pueblo. Venden cristales de color de rosa, con los que los desgraciados ven claramente la justicia y la igualdad; cristales azules que permiten al ciudadano vislumbrar los tronos dorados y las brillantes coronas sin deslumbrarse; cristales de aumento á cuyo través un hombre útil aparece diez veces mas grande que un magnate. Con el auxilio de estos instrumentos se ven todos los bribones desenmascarados, todos los opresores despedidos, todos los yugos rotos, todos los hombres unidos para realizar el bien, y el trabajo y el derecho reinando en todas partes.

—¡Ah! caballero—me contestó el vendedor ambulante—esa profesión es magnífica. Hay entre ese oficio y el mio la diferencia que existe entre un telescopio de cien mil francos y un par de gafas de diez sueldos. Supongo que vuestros amigos no tendrán que temer nada de los chiquillos ni de los gendarmes.

—Ahora no; pero en otras ocasiones ha habido un enemigo formidable... El fiscal de imprenta.

En efecto; los fiscales de imprenta, donde quiera que existan, parecen estar firmemente convencidos de que todos los periodistas venden anteojos colorados al pueblo para trastornar el orden social y hacer tabla rasa con todas las instituciones.

¿Qué le hemos de hacer? Nada mejor seguramente, ni mas útil al progreso que nuestro humilde oficio de vendedores de anteojos. Pero no hay que soñar con la gloria. Nosotros no obtendremos mas que una gloria colectiva. Ninguno de los nuestros, á no ayudarle azares imprevistos, hará llegar su nombre hasta las generaciones venideras.

Pero ¿qué importa? El bien que habremos sembrado no será perdido para la humanidad.
¡Trabajemos!

T. C.

FUEGO Y NIEVE

TE llevaste una flor á los labios
Y marchita al instante quedó,
Cual si hubiera quemado sus hojas
Los esplendentes rayos
Del claro Sol.

En tu cándido pecho, morada
Mi amoroso delirio buscó,
Y en su fondo murióse de frio,
Desamparado y triste,
Mi pobre amor.

No te culpo; á mis ojos tan solo
Culpar debo mi loca pasión:
¡Ellos vieron el fuego en tus labios,
Y en tu insensible pecho
La nieve no!

CARLOS CANO.

CONDICIONES PARA LA VIDA

LA vida no se realiza como pensaba Bichat ni en el corazón, ni en los pulmones, ni en el cerebro; reside si en la célula, que pudiéramos llamar también átomo organizado. Las tres víseras nombradas son los medios de que se ha valido la naturaleza para que se realice el proceso vital, tanto en el hombre como en los organismos superiores. Se dice que sin aire no es posible la vida: de aquí los pulmones; pero no son los pulmones necesarios para la vida, sino medio para que el oxígeno entre en la economía.

Hay que tener en cuenta como dice Claudio Bernard que ni el pez vive en el agua, ni el pájaro en el aire, ni la lombriz en el lodo; todos viven en la sangre. Hay que distinguir según el insigne fisiólogo el medio exterior que para el pez es el agua y para el pájaro es el aire, del medio interior que es la sangre. Este es el verdadero medio vital. Los pulmones no tienen mas objeto que normalizar el oxígeno combuzante de la máquina animal que existe en la sangre; el corazón es el émbulo que distribuye las fuerzas á todas las partes de la economía, para lo cual existen infinidad de tubos arteriales, y el sistema nervioso regulariza los movimientos cardíacos y la distribución de